12058

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

YA PARECIÓ AQUELLO

COMEDIA EN UN ACTO

DE

DON MARIANO PINA.

SEGUNDA EDICIÓN.

MADRID.
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA.
1887.

AUMENTO Á LA ADICIÓN GENERAL DEL CATALOGO DE 1884.

COMEDIAS Y DRAMAS

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde á la Administración.
3	5	La vuelta del veraneo.-j. o. p.	1	D. Mariano Barranco......	Todo.
2	2	De sopetón.—j. o. p..........	1	Ricardo Revenga.......	»
»	»	El vecino de ahí al lado......	1	Constantino Gil.........	»

ZARZUELAS.

»	»	Tiple en puerta.............	1	Sres. Pina y Rubio........	L. y M.
»	»	Venir por lana..............	1	Isidoro Hernández......	M.

YA PARECIÓ AQUELLO.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

COMEDIAS.

EN TRES ACTOS.

Ataque y defensa.
Á quien Dios no le da hijos...
Capas y sombreros.
Amor y miedo.
Casada, viuda y doncella.
El oficialito.
Embajador y hechicero.
El rey de los primos.
Juegos prohibidos.
Á caza de divorcios.
El pacto con Satanás, en 4 actos.
Redimir al cautivo.
Con el credo en la boca, en 2 actos.
El libre albedrío.
El guarda-ropa, en 2 actos.

EN UN ACTO.

No más secreto.
Manolito Gazquez.
Juan el perdío.
Estrupicios del amor.
Aquí paz y despues gloria.
Un contrabando.
Cosas de locos.
E. H.
Carambola y palos.
Las cuatro esquinas.
Suma y sigue.
Las plagas de Egipto.
Escuela normal.
Lluvia de oro.
La novia del general.
Ya pareció aquello.
Coser y cantar.
Dondiego de noche.
Complicaciones.
Correo de la Habana.

ZARZUELAS.

EN TRES ACTOS.

Giralda.
La roca negra.
Si yo fuera Rey!
Un trono y un desengaño.
Aventuras de un jóven honesto.
Los Dioses del Olimpo.
Las Georgianas.
La vida Madrileña, en 4 actos.
La sota de espadas.
Los comediantes de antaño
El campanero de Begoña
La farsanta.

EN DOS ACTOS.

Colegialas y soldado
Enlace y desenlaces.
El Sordo.
Bruschino.
Francifredo, Dux de Venecia.
La gata de Mari-Ramos.

EN UN ACTO.

Al amanecer.
¡Diez mil duros!
El jóven Virginio.
El niño.
Compromisos del no ver.
Los peregrinos.
Influencias políticas.
Matar ó morir.
Bazar de novias.
Los rayos del sol.
El hombre es débil.
Mesa revuelta.
La confitera.
Los carboneros.
El lucero del alba.
Los chichones.
¡Anda, valiente!
La filoxera.

YA PARECIÓ AQUELLO

COMEDIA EN UN ACTO

DE

DON MARIANO PINA.

Representada por primera vez en Madrid, en el Teatro ESPAÑOL, el 27 de Febrero de 1875.

SEGUNDA EDICIÓN.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Atocha, 100, principal.

1887.

PERSONAJES.	ACTORES.
ANATOLIA	SRA. FERNÁNDEZ (D.ª C.).
CRISTINA	SRA. SANZ.
BONIFACIO	SR. CASTILLA.
ELADIO	SR. ROMEA (D. J.).
ZENÓN	SR. MARTÍNEZ (D. C.).

La escena en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Gabinete con muebles de lujo, colocados en desórden. Puerta al foro. Á la derecha, en primer término, balcón, y en segundo puerta. Á la izquierda, dos puertas; y entre ambas, chimenea, sobre la que hay colgado un retrato grande de fotografía. Sofá, mesa, secreter y demás objetos que se indican en el diálogo. Entiéndase por izquierda ó derecha la del actor.

ESCENA PRIMERA.

BONIFACIO saliendo por la segunda puerta izquierda, y dirigiéndose al balcón. Después CRISTINA.

BONIF. Tío Zenón, que coloquen los espejos y las porcelanas con mucho cuidado, para que no se hagan añicos en el carro. ¡Ah!... si pregunta alguien adónde me mudo, le dice usted que al Brasil... á Puerto-Rico... (Apartándose del balcón.) Al infierno; á ver si así me libro de esta horrible persecución. (Sacando del bolsillo una carta y leyendo.) «Infiel Bonifacio: sé que estás en Madrid y que »no me buscas.» (Declamado.) Como que no quiero encontrarte. (Leyendo.) «Si tras la seducción piensas en »el abandono, te engañas. Mi padre era mallorquín, »mi madre vizcaina, y yo soy manchega.» (Declamado.) Bonito pisto. (Leyendo.) «Lo cual quiere decir, que me »vengaré. Tuya hasta el nicho mortuorio, Anatolia.»

673513

(Declamado.) En médio año he mudado de casa cuatro veces, para que esa desgraciada pierda mi pista ¡pero quiá!... Hoy le ha entregado esta carta al portero de mi anterior habitación, y es pôsible que siga el rastro. ¡Ah!... mi mujer. (Guarda precipitadamente la carta.)

CRIST. (Sale por la segunda puerta izquierda, sin reparar en Bonifacio; se dirige á la mesa, cuyo cajón abre, y después un secreter que hay sobre ella, buscando con interés un objeto.) (Nada... ¡Dios mío! qué desgraciada soy.)

BONIF. (¿Qué busca con tal avidez mi perpétua?)

CRIST. ¡Ah!... ¿tú aquí?

BONIF. Sí; cuidando de que coloquen bien los muebles. ¿Pero qué tienes?... Estás inquieta.

CRIST. Tengo... tengo una tristeza que me consume.

BONIF. (¿Si habrá sospechado?...)

CRIST. Desde ayer, ni como, ni duermo, ni sosiego.

BONIF. ¿Qué te sucede?

CRIST. (Apenas me atrevo...) Siéntate aquí, pichón mío.

BONIF. (¿Pichón? Esta va á pedirme dinero.) (Se sientan en un sofá.)

CRIST. ¡Si supieras cuánto te amo, y qué feliz soy cuando estoy á tu lado! (Cogiéndole una mano.)

BONIF. (Lo dicho, me va á pedir, y no poco.)

CRIST. Pero hoy entibia mi ventura un aciago disgusto.

BONIF. Adelante.

CRIST. ¿Recuerdas aquella pulsera que me regalaste cuando vivía con mi madre?...

BONIF. Sí, en la calle de la Garduña.

CRIST. De oro y brillantes.

BONIF. Con nuestras iniciales enlazadas. B. C. Bonifacio y Cristina.

CRIST. Pues bien... esa preciosa pulsera...

BONIF. ¿Qué?

CRIST. Se me ha perdido.

BONIF. ¿Se te ha perdido? ¡Una alhaja que me costó tres mil reales!... ¿Pero cómo ha sido eso?

CRIST. Lo ignoro. Yo me la puse hace tres días y salí á hacer

unas compras. Al volver, ni recordé que la había llevado, ni me apercibí de su falta; pero ayer, al limpiar mi joyero, la eché de menos.

BONIF. ¡Voto á Cribas!... ¿Y qué has hecho?

CRIST. Buscarla inútilmente por todas partes.

BONIF. ¿Algún criado tal vez?...

CRIST. En mi cuarto no entra más que mi doncella, y tengo en ella absoluta confianza. Á no dudar, se ha perdido en la calle.

BONIF. ¿Pero en qué calle?

CRIST. ¿Qué sé yo?... recorrí tantas...

BONIF. ¡Tres mil reales!... Pero es preciso ir muerta, para perder una joya de ese valor.

CRIST. Ya sabes que tenía el broche muy flojo, y que se me había caido en casa varias veces.

BONIF. Por lo mismo no debiste usarla, sin haberla mandado componer. ¿Pero en fin, la has buscado por toda la casa?

CRIST. Ya te he dicho que inútilmente.

BONIF. ¿Has preguntado en las tiendas que visitaste?

CRIST. Una por una.

BONIF. ¿Has anunciado la pérdida en la *Correspondencia*?

CRIST. ¡Ah!... eso no se me había ocurrido.

BONIF. Pues es preciso hacerlo, y al momento. Yo mismo redactaré el anuncio, y el portero lo llevará. (Asomándose á la puerta del foro.) Tío Zenón... (Se dispone á escribir.)

CRIST. Sí, sí: un anuncio con letras muy gordas.

ESCENA II.

DICHOS y ZENÓN.

ZENON. ¿Me llamaba usted, señor?

BONIF. (Escribiendo.) Sí.

ZENON. Justamente subía yo los escalones de cuatro en cuatro, para darle á la señorita una buena noticia.

CRIST. ¿Eh?...

ZENON. (Señalando un número de la *Correspondencia*, que trae en la mano.) Aquí está, señorita, aquí está.

CRIST. ¡No comprendo!...

ZENON. Ya pareció aquello. Escuche usted, escuche usted. (Leyendo.) «Quién hubiese perdido una pulsera de oro y »brillantes con dos iniciales, puede pasar á recogerla á »las oficinas de este Gobierno civil en las que, dando »más señas, le será entregada.»

CRIST. No hay duda: es la mía.

BONIF. (Cogiendo la *Correspondencia*.) En efecto, es el número de la mañana.

BONIF. Tío Zenón, hágame usted el favor de llegarse en un momento al Gobierno civil...

CRIST. ¡El tío Zenón!... ¿Estás en tu juicio? Esa no es comisión para un portero. Es necesario que vayas tú mismo, para que dés cuantas señas exijan.

BONIF. Tienes razón; me acuerdo de ella perfectamente... como que me costó tres mil reales. (Coge el sombrero.)

CRIST. No te detengas.

BONIF. Entre tanto, continúen ustedes preparando los muebles, para cuando vuelva el carro.

CRIST. ¡Eh!... ¿Te vás sin darme un abrazo, en albricias de hallazgo?

BONIF. Uno y veinte. (Abrazándola.)

ZENON. De salud sirva.

CRIST. Así, gruñoncito mío.

BONIF. (¡Gruñoncito mío!...) ¡Ay, qué remonona eres! (Vase por el foro.)

ESCENA III.

CRISTINA y ZENÓN.

CRIST. Perdone usted, tío Zenón, si en su presencia nos hemos permitido...

ZENON. ¡Quiere usted callar!... Entre marido y mujer eso es corriente y moliente.

CRIST. Pero estoy tan contenta, que si me dejára llevar de

mi alegría, era capaz de saltar y bailar.

ZENON. No ha sido poca suerte. Mi difunta, que esté en gloria, era lo más desgraciada para eso de perder las cosas... Antes de casarse, perdió un día el corsé que llevaba puesto, y por más que lo buscó, nada. Lo que ella perdía, no se encontraba nunca.

CRIST. Voy á mi habitación, para seguir empaquetando los trajes. ¡Ay!... Estoy ya de mudanzas hasta el pelo. (Vase por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA IV.

ZENÓN, después ANATOLIA.

ZENON. Pues el señor parece que se encuentra en su elemento. Siempre está con los bártulos en la calle.

ANAT. ¿Se puede?...

ZENON. Para servir á usted.

ANAT. Como está la puerta abierta, y el carro de mudanzas en la calle, supongo que queda este cuarto desocupado.

ZENON. Desde esta mismn tarde.

ANAT. ¿Se puede ver?

ZENON. Señora, todavía viven en él los inquilinos que lo dejan.

ANAT. ¿Tiene condiciones higiénicas?

ZENON. Y todas las comodidades que se pueden apetecer. Tiene sala, dos gabinetes, seis dormitorios, la escalera por donde usted ha subido, y esa otra, que es la del servicio doméstico. (Señalando á la puerta derecha.) Fuente en la cocina...

ANAT. Eso me agrada, porque yo soy más límpia que los chorros del agua. Y diga usted, ¿el sereno tiene llave de la calle?

ZENON. No señora. La llave la tengo yo, que soy el portero.

ANAT. Pero abrirá usted á cualquiera hora que acomode entrar ó salir.

ZENON. Hasta las doce de la noche tengo esa obligación; pero desde esa hora en adelante, es según caen las pesas.

ANAT. Ya... ó los pesos.

ZENON. No vaya usted á pensar, que yo me valgo de la ocasión, ni que tengo preferencia por nadie... no señor; yo no me salgo de mi tarifa.

ANAT. ¡Ah!... ¿tiene usted establecida?...

ZENON. Que la puede usted ver, por si se queda con el cuarto. (Le da un papel, que saca del bolsillo.)

ANAT. (Leyendo.) «Por entrar ó salir después de las doce de la »noche, un título de Castilla, un bolsista, ó un perso»naje de la situación, cinco pesetas.—Idem: comerciante, abogado, ingeniero, concejal ó farmacéutico, »dos pesetas cincuenta céntimos.—Idem: periodista, »estudiante, pretendiente, cesante, cantonal y demás »personas de poca ropa, una peseta.—Advertencia. Si »la entrada ó salida se hace por parejas de distinto se»xo, se aumenta la cuota respectivamente con veinti»cinco céntimos.»

ZENON. Ese es el impuesto de guerra.

ANAT. (Leyendo.) «Nota. Se admiten abonos.—Otra. Los mili»tares no pagan más que la mitad.»

ZENON. Ya ve usted, que no puedo ser más equitativo.

ANAT. Bien; me quedo con el cuarto, y tomaré un abono á diario por toda la temporada.

ZENON. ¡Ya!... ¿Usted concurre á teatros y bailes?...

ANAT. Yo concurro á donde me parece, y no le doy á nadie cuenta de mis operaciones.

ZENON. Perdone usted: yo lo decía...

ANAT. Este gabinete me gusta. Próximo á la puerta... vistas á la calle... Aquí se dilata el esternón: chimenea... ¿Hace humo esta chimenea?

ZENON. No, señora; especialmente en el verano, nadie lo ha notado.

ANAT. ¡Cielos! ¡Qué miro! ¿De quién es este retrato? (El que está sobre la chimenea.)

ZENON. Ese retrato es del inquilino que deja el cuarto.

ANAT. ¿Don Bonifacio Panseco?

ZENON. Justo.

ANAT. ¿Vive aquí?... (¡Ah! ¡traidor! voy á triturarle el diafrag-

ma.) ¿Dónde está? Quiero verle.

ZENON. El señor ha salido á la calle, pero si quiere usted ver á su señora, le pasaré recado.

ANAT. ¡Su señora!... ¿Qué señora es esa?

ZENON. ¿Quién ha de ser? su mujer.

ANAT. ¿Su mu?... (¡Toda la sangre se me agolpa á la tráquea!)

ZENON. Su legítima consorte, á quien hace un momento abrazaba con la mayor zalamería.

ANAT. (¡Infame!) Pero eso no es posible. Bonifacio no es casado.

ZENON. ¿Cómo que no?... Por lo cristiano y por lo civil, desde hace seis meses.

ANAT. (¡El tiempo que no le veo! ¡Es decir, que su viaje ha sido una patraña, y que me encuentro burlada!) ¿Dónde está esa mujer. Quiero verla al momento. (En ella empezará mi venganza.)

ZENON. Permítame usted que la pase recado.

ANAT. (No es mal recado el que yo le voy á dar.) ¿Dónde se encuentra? Pronto.

ZENON. ¿Pero no conoce usted que debo avisarla?

ANAT. Dígame usted en dónde está, ó lo devoro.

ZENON. ¡Canastos!...

ESCENA V.

DICHOS y ELADIO.

ELADIO. (En la puerta del foro.) ¿Don Bonifacio Panseco?...

ZENON. No está en casa.

ANAT. (Viendo á Eladio.) ¡Ah!... (Se va precipitadamente por la derecha.)

ELADIO. (Viendo á Anatolia.) (¡Cielos! ¡Qué veo!) Dígame usted, ¿vive aquí esa moza?

ZENON. ¿Qué moza?

ELADIO. Esa que se naja.

ZENON. Que se na... ¡Calla!... Pues es verdad que se ha marchado.

ELADIO. ¿Vive aquí?

ZENON. Sí, señor.

ELADIO. Basta. (Vase corriendo por la misma puerta que Anatolia.)

ZENON. Es decir, vivirá desde mañana... ¿Pero qué sombras chinescas son estas? ¡Eh!... díganme ustedes cómo se llaman, para que lo sepa don Bonifacio cuando vuelva. (Vase por el mismo lado.)

ESCENA VI.

BONIFACIO, saliendo muy despacio, con las manos en los bolsillos del pantalón, y aire sombrío. Se quita el sombrero y lo arroja con fuerza sobre el sofá.

¡Esto es espantoso!... ¡abominable!... ¡despeluznante! Aquí está el brazalete, y diera doble de lo que me costó, por no haberlo encontrado. Y lo más cargante para mí ha sido la sonrisa burlona de los empleados que me la han devuelto.—¿Á quién se le ha perdido esa joya?—Á mi mujer.—¿Qué señas tiene?—Veinticinco años, morena agraciada, dos ojos como dos cuervos...—En efecto, convienen esas señas con las de la persona que perdió la pulsera... ¡Já! ¡já!... ¡Es usted muy afortunado!... Tome usted la alhaja, y firme su recibo en el registro en que constan los pormenores de su hallazgo. Y mientras yo leía con la vista turbada, y firmaba con mano convulsa, se acentuaba más la chacota en los semblantes de aquellos chupatintas.

ESCENA VII.

DICHO y CRISTINA.

CRIST. ¡Ah!... ¿Ya de vuelta, esposo de mi vida? ¿Me traes la pulsera?

BONIF. (Cogiéndola por un brazo.) ¡Venga usted acá, señora!... Aquí está la pulsera.

CRIST. (Tomándola.) ¡Oh! ¡qué dichosa soy!

BONIF. ¿Sabe usted quién ha perdido esta joya?

CRIST. ¿Quién ha de ser?... yo.

BONIF. ¿Y sabe usted dónde se ha encontrado?

CRIST. ¡Qué he de saber!

BONIF. Pues se ha encontrado en un gabinete particular de la fonda Castellana.

CRIST. ¡Imposible!

BONIF. En un gabinete, en que la dejó su dueña, despues de comer en compañía de un caballero vivaracho y decidor.

CRIST. ¿Estás en tu juicio?

BONIF. (¡Y no se sonroja!) El camarero la presentó al amo de la fonda, y éste en las oficinas del Gobierno, con las señas exactas de la señora y el caballero.

CRIST. Bonifacio, á tí te han engañado.

BONIF. Sí; me han engañado vilmente, pero no en las oficinas.

CRIST. ¿Pues en dónde?

BONIF. En el gabinete.

CRIST. Si esto es una broma, me parece ya muy pesada.

BONIF. Más me lo parece á mí.

CRIST. Y si sospechara que te atrevías á dudar de mi conducta...

BONIF. No, señora: la duda ya no es posible.

CRIST. ¡Caballero!... terminemos esta cuestión.

BONIF. Terminémosla, con las explicaciones que usted me debe de su equívoco proceder.

CRIST. Mi proceder es el que corresponde á una mujer honrada; y puesto que de nada sirven mis asertos, cuando cambie usted de lenguaje, y se proponga pedirme perdón por sus injuriosas sospechas, puede usted buscarme, para ultimar este asunto. (Vase por la segunda puerta izquierdn, cerrándola violentamente.)

ESCENA VIII.

BONIFACIO, después ELADIO.

BONIF. (Siguiéndola hasta la puerta.) Yo sostengo que tu con-

ducta... ¡Canario!... ¡me da con la puerta en los hocicos!... Este es el colmo del descaro. Y por esta mujer sin corazón ni decoro, he abandonado á mi Anatolia, que es un emporio de candor y de inocencia!

ELADIO. (En la puerta del foro.) ¿Ha vuelto don Bonifacio?

BONIF. ¡Qué veo!... ¡Eladio!

ELADIO. (Abrazándole.) ¡Ven acá, saleroso, voto á los mengues! Tanto tiempo sin vernos...

BONIF. Lo menos quince meses... que los habrás pasado en tu país?

ELADIO. En la tierra de los camarones y la manzanilla. Pero te encuentro muy cambiado.

BONIF. No es extraño... desde hace dos horas debo haber envejecido por diez años.

ELADIO. ¡En dos horas!...

BONIF. Ese es el triste privilegio de los maridos.

ELADIO. ¿Te has casado?

BONIF. Hace medio año.

ELADIO. ¡Tú, mi maestro de belenes y trapisondas!

BONIF. Pist... No alces tanto la voz.

ELADIO. ¡El que renegaba del matrimonio!

BONIF. Cuando el hombre llega á los cincuenta años...

ELADIO. Por esa cuenta todavía me faltan doce. ¿Y qué tal, es bonita tu costilla?

BONIF. ¡Mi costilla!... dí más bien mi sobre-hueso.

ELADIO. ¡Atiza!... ¿Hay ya peloteras? Será por los ringorrangos y los moños.

BONIF. No, no es por los moños; es por las mañas. No te cases nunca, Eladio.

ELADIO. ¿Yo?... Primero se junta Cádiz con la Habana que entregar estos dátiles (Mostrando la mano.) para el *in nómine patri.*

BONIF. Enamóralas, persíguelas á todas, pero no te cases.

ELADIO. ¡Á buena parte vienes tú!... Hace tres días que llegué á Madrid; y ya tengo una morena que da la hora.

BONIF. Comprendo: ella da la hora y tú los cuartos.

ELADIO. Una de esas que aquí se cogen al vuelo.

BONIF. Sí, como las pulmonías.

ELADIO. El caso es que el tiro iba dirigido á otra parte.

BONIF. ¿Y cómo ha sido? Cuenta.

ELADIO. Estaba yo en la calle de Alcalá, leyendo el cartel de los toros... ¿sigues tú aficionado á esa función?

BONIF. No: ya le voy perdiendo el cariño.

ELADIO. Y pasó por delante de mi una mujer... ¡qué digo mujer!... una confitura de escaparate... con dos piés como dos granos de alpiste, y unos ojos... como cañones Plasencia.

BONIF. Sigue.

ELADIO. Eso me dije yo: sigue. Y la seguí, y la adelanté un poco, y la miré de soslayo, como tú sabes que se hace en esos casos; con unos ojillos...

BONIF. Sí, de carnero á medio morir.

ELADIO. Pero ella tiquitiqui... tiquitaca... siguió su camino, como si tal cosa.

BONIF. Adelante.

ELADIO. No, entonces me quedé algo atrás, y luego me emparejé con ella y le dije: bendita sea la que aunga con la zangandunga, el requeleque del requetepeque, y el repiquetillo del salero y sal. ¿Has entendido?

BONIF. No: ni creo que ella te entendería tampoco.

ELADIO. Lo cierto es, que entonces me miró, y largando una carcajada, se metió en un coche, y salió pitando la calle abajo.

BONIF. Te luciste.

ELADIO. Pues verás: cuando yo estaba con la boca abierta, mirando por dónde se iba, otra barbiana, que venia detrás, y que sin duda observó el quiebro de la primera, me miró con una sonrisita burlona, como si dijera: le han dado á usted el esquinazo ache.

BONIF. Con letra mayúscula.

ELADIO. Entonces me puse á su vera y le dije: bendita sea la que aunga con la zangandunga...

BONIF. Lo mismo que á la otra?

ELADIO. Es el timo que le largo á todas.

BONIF. Pues no te molestarás mucho el caletre. Bien, le echaste el requetepeque y el repiquetillo. ¿Y qué?

ELADIO. Que me dijo: ¿le parece á usted que yo soy plato de segunda mesa?—Lo que usted me parece es plata afiligranada, con los angelitos del cielo revoloteando en esa cara.

BONIF. ¡Olé! (Muy alegre.)

ELADIO. Y me contesta: se conoce que es usted andaluz por lo dicharachero. En fin, pasito á pasito y chirigota tras de chirigota, tomamos un coche en la Cibeles, y fuimos á parar á la fonda de la Castellana.

BONIF. ¿Á la fonda de?...

ELADIO. De la Castellana. Y allí en un gabinete particular...

BONIF. (¡Estoy sudando!)

ELADIO. Un par de botellas, un par de perdices, un par de chuletas...

BONIF. Sí, todo á pares. Responde, qué señas tiene esa mujer?

ELADIO. Trigüeña clara, ojos negros con patilla corrida; es decir, con unas pestañas de buten; veintidos á veinticua tro años, y una boquita de persia.

BONIF. (Debo tener el rostro de color de ocre.) ¿Reparaste si llevaba pulseras?

ELADIO. Por lo menos una, le ví.

BONIF. ¿De oro y brillantes?

ELADIO. Justo; que se le cayó en el coche, y vimos que tenía el broche muy zarandero.

BONIF. (No hay duda. ¡Era ella!)

ELADIO. ¡Y ahora recuerdo!... tú debes conocerla.

BONIF. ¡Por desgracia!

ELADIO. Hace poco que la he visto en este mismo cuarto.

BONIF. ¡La infame!

ELADIO. ¡Tunela!... ¿también tienes tú con ella?... ¡Eso sería lo grande!

BONIF. Lo grande y lo horrible; porque esa mujer... es la mía.

ELADIO. ¿La tuya?

BONIF. Mi legítima esposa.

ELADIO. Vamos, esa es grilla.

BONIF. No es grilla, es culebra... es pantera africana .

ELADIO. Pues hombre; dame esos cinco y perdona. Yo no sabía el engarce...

BONIF. Lo que voy á darte es un tiro en mitad del corazón.

ELADIO. ¡Canela! .. te digo que yo ignoraba...

BONIF. Me es igual.

ELADIO. Además, no es para tanto el agravio. El comerse un par de perdices en escabeche...

BONIF. Es lo bastante para que yo te escabeche á tí también.

ELADIO. ¡Pues será una atrocidad!

BONIF. Pronto nos volveremos á ver. (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA IX.

ELADIO, después ANATOLIA.

ELADIO. ¡Voto á mi nombre! Las mujeres debían llevar pendientes del cuello una medalla con el nombre de sus maridos, para evitar estas trocatintas.

ANAT. (Me he quedado al fin con el cuarto, pagando un mes adelantado.)

ELADIO. (Viéndola.) ¡Ah!

ANAT. (¡Qué veo!... Otra vez él.)

ELADIO. Señora, hemos hecho un pan como unas hostias.

ANAT. Caballero, una inocente ligereza de mi temperamento sanguíneo bilioso, no le autoriza á usted para asediarme de este modo.

ELADIO. Pues verá usted por dónde nos va á salir la inocente ligereza.

ANAT. Además, yo soy una señora y estoy en mi casa.

ELADIO. Sé que está usted en su casa, y es más... soy amigo de Bonifacio.

ANAT. ¿Usted?

ELADIO. Pero ignoraba la... tela que hay entre ustedes... es decir, los vínculos...

ANAT. El inícuo los ha dilacerado.

ELADIO. ¿Eh?...
ANAT. Desde hace seis meses mi vida es una pronlongada catalépsia.
ELADIO. ¿La fecha de la boda?
ANAT. La fecha que tengo estereotipada en el pericardio, (Señalando al corazón.) con caractéres de fuego.
ELADIO. (¡Qué terminachos usa esta señora!)
ANAT. Desde entonces, ni duermo, ni como, ni bebo.
ELADIO. (No, lo que es comer y beber...)
ANAT. Yo nací en buenos pañales.
ELADIO. Lo supongo.
ANAT. Mi papá era empleado, y mis años infantiles los pasé en Cuenca, disfrutando una verdadera plétora de felicidad.
ELADIO. Lo celebro; pero hablemos de...
ANAT. Pero después, se declaró una epidemia en Extremadura, y como papá era facultativo, tuvimos que trasladarnos á Coria.
ELADIO. ¿Á Coria?... ¿Allí encontraría usted al bobo?...
ANAT. No, señor; me dijeron que se hallaba viajando por Andalucía.
ELADIO. ¡Ah, ya!...
ANAT. Al año siguiente estalló la guerra civil, y como papá era militar...
ELADIO. Pero señora, ¿en qué quedamos? ¿Su papá de usted era empleado, militar ó facultativo?
ANAT. Era mariscal.
ELADIO. ¿De campo?
ANAT. No; encargado de la remonta de Úbeda.
ELADIO. Ya... (Por eso sabe tanta anatomía.)
ANAT. Pero al poco tiempo murió de una equimósis, producida por una coz de uno de sus enfermos.
ELADIO. Así paga esa gente los beneficios.
ANAT. Entonces me trasladé á Madrid, dedicándome al oficio de corsetera, y una noche de Todos los Santos, que para mí ha sido de todos los diablos, conocí á Bonifacio en una buñolería.

ELADIO. Bien, y la convidó.

ANAT. Y me juró amor eterno.

ELADIO. Y después de jonjabarla...

ANAT. Me abandona por otra.

ELADIO. ¡Entonces no tiene derecho para quejarse de la conducta de usted!

ANAT. La suya me deja libre para disponer de mi voluntad.

ELADIO. Es la fija.

ANAT. Y si usted me promete la felicidad que él me ha robado...

ELADIO. Señora, yo...

ANAT. Me vengaré del perverso.

ELADIO. ¿Pero está usted decidida á romper con él?)

ANAT. De golpe y porrazo; porque ya le ahorrezco.

ELADIO. (Bien mirado... si esta ganga la ha de aprovechar otro...)

ANAT. (Pero antes quiero tener la última entrevista con él.)

ELADIO. Me parece justo; y si no se arrepiente de sus trapicheos, nos marchamos á viajar.

ANAT. Hasta los antípodas. Retírese usted. Creo que diviso á ese Juan de las Viñas.

ELADIO. Trastéele usted bien, y en seguida yo le daré la puntilla. (Vase por el foro.)

ESCENA X.

ANATOLIA, después BONIFACIO con dos pistolas.

ANAT. Arsénico férrico es lo que yo le daría de buena gana.

BONIF. (Voy á pulverizarle el cráneo.) ¡Cielos!... ¡Anatolia! (Deja las pistolas.)

ANAT. Para servir á usted, caballero.

BONIF. (¡Esto sólo me faltaba!) ¿Qué buscas aquí, desgraciada?

ANAT. Busco al más miserable de los bípedos.

BONIF. Déjate de motes, y al asunto.

ANAT. ¿Era esta la consecuencia eterna que me juraba usted?

BONIF. Te suplico que no alces la voz, porque hay un enfer-

mo de peligro en casa.

ANAT. La alzaré hasta poner el grito en el cielo, para pedir justicia contra tanta indignidad.

BONIF. Bien, yo te explicaré... pero mañana... en otro sitio.

ANAT. ¡Engañar á la más inocente de las corseteras; pespuntear, como quien dice, su corazón, á fuerza de requiebros y promesas, para desgarrárselo después, casándose con otra!

BONIT. ¡Silencio, por piedad!

ANAT. Entré aquí con intención de arañar á usted, y su presencia enerva todos mis músculos.

BONIF. Pues bendigo el enervamiento.

ANAT. Tengo seca la laringe... mi vista se turba, y creo que me voy á desmayar.

BONIF. No, aquí no... aráñame si quieres, pero no te desmayes.

ANAT. Las fuerzas me abandonan... agua... éter... ¡ah!... (Cae desmayada en los brazos de Bonifacio, que la coloca en el sofá.)

BONIF. (¡Vive el cielo!... ¡Esto viene á coronar la fiesta! Si sale mi mujer y se entera... pierdo todo mi derecho. ¿En dónde habrá vinagre... sal, para que vuelva en sí esta infeliz?... ¡Ah!... (Sacando un billete de Banco del bolsillo.) Un quinientos. Este ha sido siempre un reactivo muy eficaz para ella.) (Poniéndoselo debajo de la nariz.) ¿Anatolia? ¿Anatolia?...

ANAT. ¡Ay!... (Cogiendo el billete sin abrir los ojos.)

BONIF. ¿Va pasando?

ANAT. (Metiéndoselo en el bolsillo.) Sí... ya pasó.

BONIF. (Á su bolsillo. Cuando yo decía...) Bien, pues serénate, y sal de aquí sin tardanza.

ANAT. (Al incorporarse.) ¡Ay!... ¡ay!... me parece que repite.

BONIF. No, que no te repita; que es muy caro el antiespasmódico.

ANAT. (Levantándose. ¡Casarse con otra, teniendo tantas pruebas de mi cándida y desinterada pasión!

BONIF. ¡Si supieras cuán desgraciado soy en mi matrimonio!...

ANAT. ¡Qué oigo!... ¿Está usted ya arrepentido?...

BONIF. Lo que se llama arrepentido... no; pero alicaido, y llevándome cinco mil demonios por haberlo hecho...

ANAT. ¡Me alegro!... Habrá usted dado con alguna pécora que le apriete las clavijas...

BONIF. ¡Quiá! no... (Á tí sí que te va á apretar el cuello si se entera de...) Al contrario, es un dechado de candor y de bondad. Pero la anomalía que resulta... de la diversidad de efervescencias empíricas, con la sinuosidad de los temperamentos etereogéneos y equinociales... Conque ya que estás enterada, márchate, por las cinco llagas de Jesucristo.

ANAT. ¿Y usted se queda riendo?

BONIF. No, yo me quedo bufando. En mi cara no volverá á verse la risa.

ANAT. ¿Pero qué le sucede á usted?

BONIF. Lo sabrás todo si te alejas al momento.

ANAT. Le advierto, que si piensa usted librarse de mí, inventando una nueva superchería, soy capaz, si lo descubro, de juntarle el exófago con el cerebelo. (Se retira.)

BONIF. Si sé que eres capaz de cualquier cosa.

ANAT. (Volviendo.) Y quiero enterarme pronto; para lo cual, necesito saber dónde se muda usted.

BONIF. Te pasaré tarjeta. No te detengas, tórtola.

ANAT. Ya me voy, aguilucho. (Vase.)

ESCENA XI.

BONIFACIO, después ELADIO.

BONIF. ¡Gracias á las once mil vírgenes! Si llega á salir mi mujer, se complica más la situación. Mi mujer, á quien acabo de hablar, y todavía sostiene que es inocente!... Aquí no hay más solución que el divorcio y la muerte del que ha contribuido á mi deshonra.

ELADIO. ¿Te encuentras ya más tranquilo?

BONIF. Sí, perfectamente tranquilo.

ELADIO. Escucha y perdona. ¿Le has hablado á tu mujer?

BONIF. Hace un momento.

ELADIO. ¿Y qué? ¿se ha engatillado otra vez el matrimonio?
BONIF. ¿Qué significa eso de engatillado?
ELADIO. ¡Que si se ha empalmado?... ¿Vamos, si os habeis convenido?
BONIF. Pero tú me crees un marido tan falto de moralidad, que después de lo que ha pasado?...
ELADIO. ¡Eh! Poco á poco, que á mí no me la das tú con tu moralidad. Y es extraño que armes zaragata con tu mujer, teniendo relaciones con otra.
BONIF. ¿Yo?
ELADIO. Públicamente.
BONIF. Es una vil calumnia.
ELADIO. ¡Cómo calumnia! si la ha visto en esta casa todo el mundo!
BONIF. ¿Qué la ha visto?... (¡Ah!...) Silencio, por compasión.
ELADIO. ¡Hola!... parece que te encontré las cosquillas.
BONIF. Sin duda te han hablado de trapillos antiguos.
ELADIO. No, señor; de trapos de última moda.
BONIF. ¡Pst!... baja el diapasón.
ELADIO. Pues no niegues la verdad.
BONIF. La verdad es, que hace algún tiempo tuve algo con una muchacha, á quien veía... de tarde en tarde.
ELADIO. ¿De tarde en tarde?
BONIF. Quiero decir, todas las tardes. Pero fué antes de casarme.
ELADIO. Y después la ves tardes y mañanas.
BONIF. Te juro que...
ELADIO. ¡Pero si yo me alegro, hombre!... Así queda mi conciencia más tranquila, por lo pretérito y para lo futuro.
BONIF. ¿Para lo futuro?
ELADIO. Cabal.
BONIF. No comprendo para el caso ese tiempo de la conjugación.
ELADIO. ¿Tú has tronado completamente con tu mujer?
BONIF. He tronado y he relampagueado, y voy á diluviar adoquines.
ELADIO. Pues mira, en lo de tronar, me parece que has hecho

divinamente.

BONIF. ¿Te lo parece?... ¿y por qué?

ELADIO. Porque... me la llevo á viajar unos cuantos meses.

BONIF. ¿Qué te la llevas á?...

ELADIO. Sí, hombre; que se las guilla conmigo.

BONIF. (¡Señor! ¡Este es el colmo del cinismo!) ¿Y ella está pronta á seguirte?

ELADIO. Me lo ha dicho hace media hora.

BONIF. (¡Cuando me la echaba de más inocente!) ¡Infame, traidora!.. la voy á calcinar.

ELADIO. ¿Pero á tí qué te importa?

BONIF. Nada: ¡si la cosa no puede ser más sencilla!

ELADIO. ¿Amas á tu esposa?

BONIF. La odio, la execro y la abomino.

ELADIO. Pues no haces más que pagarle, porque ella me ha dicho, que no te puede tragar ni con cuchara.

BONIF. ¡Y me juraba que era para ella más dulce que un bartolillo!

ELADIO. Y que le pareces un Juan de las Viñas.

BONIF. Basta: eso rebosa la medida. Un marido puede notar que su mujer no le ama, y hacerse el distraido; saber que le engaña, y hacerse el sueco: esto suele verse con frecuencia. Pero que le llame Juan de las Viñas; no lo sufre ningún marido de pundonor.

ELADIO. Pues la tuya te lo llama á boca llena.

BONIF. Te aseguro que no será impunemente. ¡Ah!... me parece que se acerca... Déjame solo con ella.

ELADIO. ¿Pero á qué viene á armar otra pelotera?

BONIF. Entra en ese cuarto.

ELADIO. Si te digo que está dispuesta á seguirme.

BONIF. Bien; así que yo la hable, te la llevarás, con tal de que sea á Joló, á ver si te la roba algún moro y la entra en vereda.

ELADIO. ¿Á mí?... ¡quiá! Yo soy muy sastre.

BONIF. ¿Y qué? No sabía que ejercías esa industria. Entra, te digo.

ELADIO. Corriente; pero no me tengas mucho tiempo en la ra-

tonera. (Vase por la primera puerta izquierda.)

ESCENA XII.

BONIFACIO y CRISTINA.

BONIF. (Es preciso acabar de una vez. Resolución y fiereza.)
CRIST. (Saliendo con sombrero en la mano.) Beso á usted la mano, caballero.
BONIF. Gracias; puede usted cubrirse.
CRIST. (Poniéndose el sombrero.) Sí, señor, me cubriré; y puesto que usted persiste en su loco desvarío, estoy resuelta á marcharme de su lado.
BONIF. ¿Á marcharse, eh?
CRIST. Para siempre.
BONIF. Conocía la determinación.
CRIST. Dirá usted, que la suponía.
BONIF. No, señora: que la sé.
CRIST. ¿Por quién? yo no se la he dicho á nadie.
BONIF. La sé... por tu cómplice.
CRIST. ¿Empezamos otra vez?
BONIF. Conozco ya todos los detalles de tu vil alevosía.
CRIST. ¡Bonifacio!...
BONIF. ¡Sé que empezó en la calle de Alcalá!...
CRIST. Veo, que sigues demente.
BONIF. Prestando oidos á las cuchufletas de un advenedizo.
CRIST. El cielo me dé paciencia.
BONIF. (Remodando á Eladio.) Bendita sea la que aunga con la zangandunga, el requeleque, del requetepeque y el repiquetillo del...
CRIST. ¿Eh?...
BONIF. ¡Hola!... ¿recuerdas el timo?
CRIST. Sí... recuerdo que un majadero...
BONIF. En seguida, subiste á un coche.
CRIST. Justo.
BONIF. ¿Ves, como no puedes por ménos de confesarlo?
CRIST. ¿Y qué tiene eso de malo?
BONIF. Nada.

CRIST. ¿Es un delito subir á un coche?

BONIF. Al contrario: en tales casos, es una monería. Y bajar á Recoletos, y comer en la Castellana...

CRIST. ¿Pero no has de dejar esa manía?

BONIF. ¿Pero no acabas de confesármelo?

CRIST. ¡Confesarlo!... vamos, ya eres á mis ojos un ente ridículo.

BONIF. Como si dijéramos, un Juan de las Viñas.

CRIST. Le das el verdadero nombre.

BONIF. ¿También lo confiesas? (¡Esta mujer quiere que la estrangule!)

CRIST. Y como es insoportable tal situación, persisto en la idea de abandonar esta casa.

BONIF. ¿Para andar de ceca en meca, eh? No, ya renunció á la separación. Vivirás en esta casa, encerrada en una jaula, como una leoparda.

CRIST. Eso será lo que tase un sastre.

BONIF. ¡Un sastre! ¿Es decir, tu compinche?

CRIST. ¿Otro insulto?

BONIF. Á ese sastre le voy yo á sentar las costuras de un garrotazo. Va á correr aquí la sangre como agua.

CRIST. ¡Maldito si entiendo!...

BONIF. (Abriendo la primera puerta izquierda.) Ven acá, industrial de bohardilla; que vas á pagar las sisas que has hecho en este mundo.

ESCENA XIII.

DICHOS y ELADIO.

ELADIO. Te agradezco que me llames, porque ya me iba cansando... (Mirando á Cristina.) (¡Qué veo!)

BONIF. (Ap. á Cristina.) ¿No te se enciende la cara de rubor?

CRIST. ¿Á mí, por qué?

BONIF. (¡Puede darse mayor descaro!)

ELADIO. (Ap. á Bonifacio.) Chico, esta es la hembra con quién topé en la calle de Alcalá.

BONIF. (Así hubieras topado con un berrendo de Miura.) Y no te amilanas al mirarte con la esposa desleal, en presencia del marido ultrajado?

ELADIO. ¿Con qué esposa?

BONIF. ¡Ira de Dios!... Con esta, con la mía.

ELADIO. ¿Esta es tu esposa?

BONIF. ¿La desconoces ahora?

CRIST. (¡Qué dice este hombre!)

ELADIO. Vamos, tú has tomado la sosiega. (Háciendo demostración de beber.) y piensas que estoy en babia. Tu esposa es la otra.

CRIST. ¡Eh!... ¿qué otra?

ELADIO. La que estaba aquí hace media hora.

BONIF. (¡San Antonio!)

CRIST. ¿Esas tenemos, eh?

BONIF. (¿Á qué todavía voy á salir cargado en costas?)

CRIST. Responde, ¿quién es esa mujer?

ELADIO. Me parece, señora, que usted no debe ignorarlo.

BONIF. (¡Pero qué mala intención tiene este pillo!)

CRIST. Conque andas en devaneos, ¿y tienes el atrevimiento de reconvenirme?

ESCENA XIV.

DICHOS y ANATOLIA.

ANAT. (¿Pero señor, cuándo queda libre de estos muebles mi cuarto?)

BONIF. (¡Jesucristo!... ¡aquí se hundió Babilonia!)

ELADIO. ¡Salorio! Llega usted lo más á tiempo del mundo.

BONIF. (Ap. á Eladio.) Achanta el mirlo.

ELADIO. (¿Eh?...)

CRIST. (¿Será verdad que me engaña?) ¿Qué busca aquí esta mujer?

BONIF. Lo ignoro de todo punto: yo no la he visto en mi vida. (Ap. á Anatolia.) Aguántate por la buena.

ANAT. Oiga usted, yo vengo aquí con mi cara muy descubierta.

CRIST. Basta. Como no he de descender á averiguar un asunto que no debe interesarme, resuelta como estoy á una separación eterna, le devuelvo á usted esta pulsera que tantos disgustos me ha causado, y que no he de volver á pasar.

BONIF. Valiera más que no la hubieras usado nunca.

ANAT. (Mirándola en las manos de Bonifacio.) ¿Á ver? (¡Ya pareció aquello!) Perdone usted, señora; esta pulsera es mía.

CRIST. ¿Qué dice?

ANAT. (Examinándola.) Cabal... Es la que me encontré hace tres días en la calle del Turco, y al poco rato volví á perder en la Castellana.

BONIF. ¡Será verdad!...

ANAT. (Á Eladio.) Caballero, usted debe recordarla.

ELADIO. En efecto...

ANAT. Tiene el cierre gastado.

CRIST. (Á Bonifacio.) ¿Comprende usted ahora la enormidad de su agravio?

BONIF. Lo comprendo, esposa mía...

ELADIO. (¡Su esposa!...)

BONIF. Y caigo á tus plantas, demandando perdón.

ELADIO. (¡Canario! ¡Ahora chanelo que he sido un lila!)

CRIST. Para obtenerlo, es necesario que se aclare otro enigma. La presencia de esta señora...

BONIF. ¡Ah!... ¿La presencia de?... (Aquí me dan la unción.)

ANAT. Mi venida aquí es muy lógica. (Ap. á Bonifacio.) Las vas á pagar todas juntas.

BONIF. (¡Creo en Dios padre todopoderoso!...)

ANAT. Yo he penetrado en esta habitación...

BONIF. (Ap. á Anatolia.) Ten piedad de mí.

ANAT. (Id. á Bonifacio.) ¡Ay! Me parece que me voy á desmayar.

BONIF. (Id.) ¡No, por San Juan Capistrano! (Dándole un billete de banco.) Toma... (Y así te sirva para pagarte el carro fúnebre.)

CRIST. ¿Pero en fin?...

ANAT. Dispense usted... sentía una congestión en el aparato

respiratorio... pero ya estoy mejor.

CRIST. Lo celebro.

ANAT. Pues como decía, he penetrado en este cuarto, porque acabo de tomarlo en arrendamiento...

BONIF. (¡Qué talento tiene!)

ANAT. Al cual me mudo mañana, y ofrezco á su disposición, con este caballero, que va á ser mi esposo.

ELADIO. ¡Yo!...

BONIF. ¡Chico!... te doy mil enhorabuenas.

ELADIO. Gracias.

ANAT. (Á Eladio.) Usted me lo ha ofrecido.

ELADIO. ¡Ah, sí! (Como tú no te pongas otra casaca, que la que yo te compre, no echarás plantas.)

BONIF. ¿Estás convencida?

CRIST. Y contenta, porque entre nosotros ha renacido la paz.

BONIF. Que no volverá á turbarse nunca.
(Al público.)

Pero aunque el cuadro es muy bello,
seguiré estando en un potro
y pendiente de un cabello,
si aquí ha parecido aquello
y ahí no parece lo otro.

(Haciendo la demostración de aplaudir.)

FIN DE LA COMEDIA.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle de San Martín, 2; de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12; y de *González é hijos*, Puerta del Sol, 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administración.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, **PARIS**. PORTUGAL; *D. Juan M. Valle*; Praça de D. Pedro. **LISBOA** y *D. Joaquín Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardim, **PORTO**. ITALIA.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.